

LA MAGNITUD DE LA DERROTA

Las paredes no hablan. Tampoco escriben memorias.

Mi abuelo me decía desde muy chico que yo había estudiado para pared porque, según él, miraba demasiado y, además, lo hacía desde una posición rara, demasiado vertical, demasiado encumbrada y abismal, la que un día me traería problemas insuperables de soledad y dolor de espaldas.

–Eres un mirón –chillaba, cuando lo contemplaba salir con su terno blanco, su sombrero jipijapa y su bastón con mango de nácar.

–Serás un ermitaño.

Luis Vega Torrealba iba a visitar a sus amigos en el Santiago provinciano blanquinegro de fines de los años 50, cuando se suponía que tenía que quedarse conmigo para cuidarme.

–No me viste salir –decía–. Vuelvo al tiro.

Su actitud de pájaro libre e impredecible me atrajo profundamente y me motivó más tarde a captar imágenes, detenidas y en movimiento, con mucho ímpetu y curiosidad. Era una manera de guardar el mundo en el bolsillo. También de tener pruebas de que algunas cosas efímeras existen. Que no son simples ocurrencias de los sentidos. En la práctica, claro, con una foto lo podía chantajear cuando mi abuela o mi madre volvieran, pero no era eso lo que yo quería, sino obligarlo a llevarme a sus paseos por la ciudad y al Club Hípico, donde trabajaba. Y, también, cómo no, a visitar a sus amigas del Bim Bam Bum. Que me lanzara de una vez por todas al mundo a mirar y a experimentar.

Se las traía, don Lucho. Tuvo razón, además de solitario, gracias a él, fui fotógrafo y muro.

Si las paredes no hablan, ¿pueden recordar? Y si recuerdan ¿cómo lo hacen?, ¿en primera o en tercera persona, en pasado o en presente? Se supone que una pared no puede ser protagonista, a lo más escenografía. No puede tomar partido.